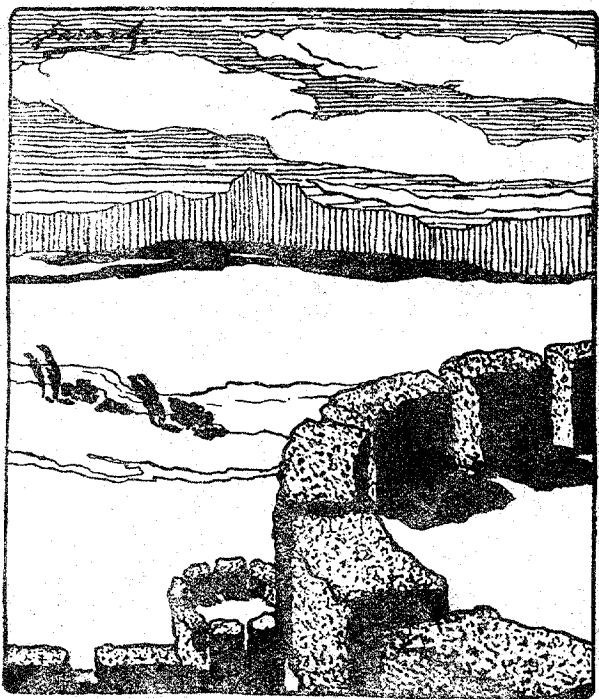


CREPUSCULARIO

EL CASTILLO MALDITO



Mientras camino la acera va golpeándose los pies,
el fulgor de las estrellas me va rompiendo los ojos...
Se me cae un pensamiento como se cae una mies
del carro que tambaleando raya los pardos rastrosjos.

Oh pensamientos perdidos que nunca nadie recoge;
si la palabra se dice, la sensación queda adentro;
espiga sin madurar, Satanás le encuentre troje
¡que yo con los ojos rotos no le busco ni le encuentro!

Que yo con los ojos rotos sigo una ruta sin fin...
¿Por qué de los pensamientos, por qué de la vida en vano?
Como se muere la música si se deshace el violín,
no moveré mi canción cuando no mueva mis manos.

Alto de mi corazón en la explanada desierta
donde estoy crucificado como el dolor en un verso.
...Mi vida es un gran castillo sin ventanas y sin puertas
y para que tú no llegues por esta senda,
la tuerzo.

PABLO NERUDA

Dibujo de Barack

"Hace falta una mayor comunicación. No hay que darle importancia a la cordillera. No vivamos tan aislados, trabajemos con más conocimiento mutuo. Es imprescindible estar en contacto.

"A pesar de que no he desarrollado toda la actividad que podía, creo útil la jira. He conocido un pueblo más y esto para los anarquistas es muy importante. Ahora

ya somos formalmente amigos; yo me vuelvo a mi rancho. Quizá nos volvamos a ver. En fin, a Uds. les corresponde alcanzar hasta nuestra casa..."

Nuestro compañero partió a Los Andes el Domingo pasado para dar en ese pueblo su última conferencia, y seguir viaje hasta su país.

YO NO HE BASADO MI CAUSA SOBRE NADA

A propósito del movimiento individualista que se observa en algunos grupos estudiantiles, creemos interesante publicar, en forma sintética, el fundamento filosófico de esta escuela extrema del anarquismo. Y a este fin, no hallamos nada mejor que el primer capítulo, con cuyo nombre encabezamos estas líneas, de la obra fundamental de Stirner, "El Único y su propiedad" Advertimos la necesidad de leer y releer con reposo y serenidad.

II

Inútil es proseguir y mostrar a cada una de esas cosas que nos llaman a su defensa, que no se trata para ellas más que de sí, y no de nosotros, de su bien y no del nuestro. Pasad vosotros mismos revista a las demás, y decid si la verdad, la libertad, la justicia, etcétera, se preocupan de vosotros de otro modo que para reclamar vuestro entusiasmo y vuestros servicios. Sed servidores celosos, rendidles homenaje, es todo lo que piden.

Ved a ese pueblo al que salvan patriotas adictos; los patriotas caen sobre el campo de batalla o revientan de hambre y de miseria; ¿qué dice el pueblo? ¿El pueblo? ¡Abonado con sus cadáveres se hace un "pueblo floreciente"! Los individuos han muerto "por la gran causa del pueblo", que les envía algunas tardías frases de reconocimiento y guarda para sí todo el provecho. Eso me parece de un egoísta asaz lucrativo.

Pues contemplad ahora a ese sultán que cuida tan tiernamente a "los suyos". ¿No es la imagen de la mas pura abnegación, y no es su vida un perpetuo sacrificio por los suyos? ¡Ah, sí, por "los suyos"! ¿Quieres hacer un ensayo? Muestra que no eres el suyo, sino el "tuyo"; rehústate a su egoísmo: irás a galeras. El sultán no ha basado su causa sobre nada mas que sobre sí mismo; es todo en todo, es el único, y no permite a nadie que no sea uno de los "suyos".

¿No os sugieren nada estos ilustres ejemplos? ¿No os invitan a

pensar que el egoísta podría en verdad, tener razón? Por mi parte, veo una lección en ellos; en vez de continuar sirviendo con desinterés a esos grandes egoístas, seré mas bien yo mismo el egoísta.

Dios y la humanidad no han basado su causa sobre nada, sobre nada mas que ellos mismos. Yo basaré, pues, mi causa sobre mí; tanto como Dios, soy la negación de todo lo demás, soy para mí todo, soy el único.

Si Dios y la humanidad son, como lo asegurais, ricos con lo que contienen hasta el punto de ser para ellos mismos todo en todo, yo advierto que me falta a mí mucho menos todavía, y que no tengo que quejarme de mi "vanidad". Yo no soy nada, en el sentido de "nada mas que vanidad"; pero soy la nada creadora, la nada de que saço todo.

¡Mal haya, pues, toda causa que no es entera y exclusivamente la mía! Mi causa, decís, debería al menos ser la "buena causa". ¿Qué es lo bueno, qué es lo malo? Yo mismo soy mi causa, y no soy ni bueno ni malo; esas no son para mí mas que palabras.

Lo divino mira a Dios, lo humano mira al hombre. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero, ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre; es lo mío; no es general sino única, como yo soy único.

Nada está, para mí, por encima de mí.

Max STIRNER

SOMBRAS EN EL MURO

NOSOTROS

Sombras en el muro... Cada uno de nosotros, moviendo con liviana ebriedad el espíritu, sigue la danza de todos los instantes. En redor el mismo denso e invisible muro, más alto, mucho más que las últimas estrellas. Estamos como en el fondo de un pozo, y sólo recibimos una migaja de azul y de belleza. Quedan al otro lado, en lo imposible, la entrega y la confianza de la amistad, la limpidez del deseo, la ternura que salva y que enaltece, las perdidas palabras del amor vagabundo.

Sombras en el muro... ¿Quién no ha mirado hacia arriba con ansias de escalarlo? Yo, como todos, hermanos, enemigos míos, inicié la dura y paciente ascensión. Centuplicaba mi fuerza la esperanza de que un día, erguido en lo alto, los vientos de la noche me entregarían las vivas verdades dispersas, los balbuceos del espanto humano, los ocultos desgarramientos de la fatalidad. Y sobre todo, un co-

razón, un corazón ahito de sol y de amor.

Sombras en el muro... Después del esfuerzo, el fracaso que horada, con lentitud dacerante, las entrañas; la sonrisa que enmascara la tragedia y el silencio interior. Deshecha la niebla de aquel sueño viajero, durante el cual desafiábamos las potencias oscuras y el poderío del destino, hemos aquí, de nuevo frente a este muro más alto que las últimas estrellas, siguiendo con liviana ebriedad de espíritu la danza fatal de todos los instantes.

LA FUGA INUTIL

Más íntima y propia que el calor de mi sangre y el callado hervor constante de mis pensamientos, tu sombra está aquí, enredándose a las palabras de mi ofrenda, erguida siempre entre mi esperanza y el alba. Anheloso de liberarme, en vano me hundo en las encrucijadas de mi espíritu, en vano: No encuentro cauce para mis ansias inefables, ni para esta locura ver-

tiginosa de fuerzas que me elevan y me desgarran como una bandera en la tempestad.

Un camino. Otro camino. Y otros... Fugitivo de mi corazón y de tu sombra, atravieso los campos, las ciudades; vienen de la noche, centelleantes, las pasiones que devoran mis días y mi juventud; gusto la embriaguez de la batalla y, por igual, la dulzura de la soledad y la derrota. Pero, donde quiera que vaya, me voy conmigo mismo. Y mis ojos nada ven, cegados por la monotonía de visiones que se desenvuelven en profundas perspectivas de eternidad; y mis oídos nada escuchan que no sea el vasto y sordo rumor de la tragedia humana, parecido a la queja de vientos ebrios en las avenidas del Invierno, o al canto opaco, milenario y lejano del mar.

MI DESEO

Deseo mío, terrible deseo de verdad, yo te siento crecer y expandirte dentro de mí como un árbol joven. Estallas en mil brotes de torva sabiduría; tus raíces que romperían la más dura roca, absorben, implacables, las aguas de la vida; y hace tiempo que tus estériles follajes tupidos, ocultan a

mi espíritu la ingenua visión del cielo y de la esperanza.

Deseo mío, terrible deseo de verdad, ¿dónde me llevarás? Mi indiferencia corroe la dulce y firme corteza de sueños y mentiras que salvan, y, en todas partes, descubre la misma igualdad, simple y borrosa. Vagabundo sin camino, naufrago lúcido en medio de las apariencias y de los mercaderes ilusionados, asisto a la feria cotidiana crucificado en la pobreza de mi orgullo.

Deseo mío, terrible deseo de verdad, por ti luchan en mis entrañas y se confunden en un vértigo de eternidad, los rencores maldicientes, las jaurías del furor, y, también, las dulces bondades que se esconden como doncellas pudibundas, la ternura, madre de todas las transfiguraciones y fuente del milagro.

Deseo mío, terrible deseo de verdad, frente a la amenaza del destino confuso, quisiera hacer de las espaldas curvadas de todos los hombres un camino infinito que llegara hasta Dios, por él que yo me iría cantando el himno delirante de mi última y sangrienta victoria sobre mí mismo.

Eugenio GONZALEZ R.

LOS HECHOS DEL MUNDO

Nada parece más contradictorio que lo que ocurre en Rusia con la llamada campaña anti-religiosa. Por una parte el encarcelamiento de frailes por mayor y empleo de los métodos de la eliminación, con los traidores, porque los rusos, a pesar de la famosa revolución, tienen las dos castas universales de los patriotas y los contrapatriotas; y por otro lado una gran Convención de las Iglesias de Rusia que proclama su más absoluta lealtad al gobierno soviético y pide a Dios que mejore al papá Lenin.

¿Hay lucha anti-religiosa? Los gobernantes rusos han demostrado ser dignísimos sucesores de la tiranía zarista y con algunos perfeccionamientos. De ahí que han ya reemplazado las peregrinaciones a Siberia por las ejecuciones fulminantes. Y así, dueños del poder, consiguieron exterminar a la nobleza y contener los movimientos extremistas. Fuera del Partido Comunista, según los nuevos dictadores, todos son enemigos de la revolución y así confunden y persiguen con la misma saña a los antiguos explotadores y a los modernos libertarios.

"El mundo está cansado de la libertad" ha dicho Mussolini: es preciso someterlo a una férrea disciplina para enriarlo progresivamente. Tal es en síntesis el pensamiento fascista, aunque llevado a la práctica ni los mismos militantes del partido que apoya a Mussolini consiguen someterse a la "férrea disciplina" que ordena el jefe. La dictadura es aceptable—dicen los diarios italianos, mientras en las provincias se pelean los caudillos del fascio, por conseguir el predominio y la jefatura de las divisiones del partido. Siguiendo este proceso de disgregación interna y de lucha por el poder dentro de sus filas, fatalmente y a corto plazo veremos la bancarrota del fascismo. Hasta ahora no se nota más voces de protesta que las de algu-

nos diarios liberales, pero las masas revolucionarias parecen muertas, aunque parece imposible por otra parte que los obreros que alcanzaron a controlar las fábricas en las ciudades de más intensa actividad industrial, hayan perdido su dinamismo revolucionario.

Nuestros hermanos mayores, los yanquis, como los llamó el profesor Guerra de nuestra Universidad, ocupados en criar a unos cuantos hermanitos pequeños de América han manifestado deseos de destetar al que ya creen apto para manejarse solito: la República de Santo Domingo. Ocupada desde hace muchísimos años por tropas navales americanas, esta pequeña República ha podido disfrutar en santa paz de los encantos de la tiranía militar.

En todo el tiempo de la ocupación, no se ha distraído el pueblo con el juguete de las elecciones, y en esto quizá haya recibido un beneficio, ni se ha permitido el discurso libre a que son tan aficionados los tropicales, ni menos la publicación de los diarios. En todas estas manifestaciones de vida nacional, el hermano mayor intervenía correccionalmente.

Ahora dicen los americanos, fabricantes de la doctrina Monroe, que van a dejar solitos a los niños de Santo Domingo, pero aun no pueden arreglarles la Constitución Política, ni encontrar a la persona que se encargue de gobernarlos a nombre del hermano que se va. Cuando todo esto se encuentre listo los yanquis se irán con sus doctrinas paternales a otra parte. Ya le sacarán el jugo a esos infelices.

Concluida la nunca bien alabada y afamada conferencia de Santiago, los brasileños se quejan de que no tienen buenos buques con cañones bien grandes. Dicen ellos que en la última gran guerra sus acorazados no se veían tan bonitos como los de Inglaterra y EE. UU., y como el Brasil ha pasado a ser gran potencia es preciso que tenga

gran escuadra. Que se van a gastar muchos millones de mil-reis; no importa: para eso están los 30 millones de brasileros trabajando para que las docenas de gobernantes se den el placer de ser jefes de una gran potencia; ¡y cuánto no cuestan varios acorazados! Y allá seguramente de los millones que se pagan a los astilleros constructores y a las casas que fabrican los cañones y los proyectiles, algo quedará entre manos de los servidores

públicos. Al fin y al cabo el sacrificio de gobernar una gran nación debe ser recompensado.

Por otro lado el honor brasilero exige tener escuadra más fuerte que Argentina, y como Argentina también tiene honor y Chile no se queda chico por este lado, luego veremos la puja por comprar acorazados entre las tres hermanas queridas de Sud América.

Jorge JILES

BENAVENTE Y EL PREMIO NOBEL

Distinguiendo la Academia Nobel a Jacinto Benavente con el gran premio que reparte según los términos del legado de su providente fundador, se ha conseguido atraer la atención del mundo sobre la literatura española, y esto ha sumido en esperanzas a muchos escritores peninsulares y en general a quienes aman el espíritu hispánico. Puede ser que empiece a fundirse el hielo que cerca a España y la aísla del mundo: hay ya mil indicios de que los pueblos extranjeros, los que hablan otros idiomas y tienen otras culturas, llegarán algún día a comprender plenamente el alma española, y de que ese día ya se acerca. Basado en este hecho, Enrique Díez-Canedo, de quien no hay necesidad de hacer elogio alguno ni menos presentación a un público de mediana cultura, ha podido decir que suena en estos instantes la hora de España, es decir de la época de una como rehabilitación y reafirmación de sus valores intelectuales, tanto tiempo olvidados o menospreciados. Como se ve, se aparta del homenaje otorgado por la Academia Nobel la personalidad misma de quien lo ha recibido, haciendo ver como es este el índice más bien de que fuera de España se aprecia su genio literario y se avalora la trascendencia de sus manifestaciones actuales.

La ocasión ha sido propicia, y han salido a relucir en torno al dramaturgo laureado con tan alta recompensa las críticas favorables y las negativas, tratándose de desmentir éstas con el pueril argumento de que una conciencia superior de arte animaría a quienes en Suecia, dispensan esa como lotería literaria, "tirada no del todo al azar"—como ha dicho Díez-Canedo—. Parece, sin duda, lo más cuerdo alejar de este galardón la figura personal de Benavente, como ya se ha solido hacer en más de un caso semejante: Tagore, al recibir el premio Nobel, hace ya algunos años, no nos apareció, no podía aparecer como dueño absoluto de la magna nominación que aquel acuerda, sino que siempre se pensó que se había premiado en él al genio mismo de la raza a que pertenece, el admirable carácter de la lengua bengalí que le sirvió para traducir sus íntimos ritmos, y hasta el espíritu de todo aquel continente asiático que nos aparece velado por la sombra fumante de unos inextinguibles pebeteros rituales... Lo mismo ocurre hoy: habría revelado una ausencia imperdonable de sentido histórico en el juicio de la literatura, otorgar una recompensa como el premio Nobel a un simple dramaturgo. Ni es el drama el género literario más actual ni mucho menos tiene un valor de futuro; la vida misma nos aleja de él por las dificultades que su acción comporta y por el carácter rígidamente fragmentario de su técnica.

Por lo demás, no puede negarse que en el drama—hoy lo vemos con claridad—hay limitaciones ineludibles que no entran en la acción de la novela ni el desarrollo armónico del cuento ni hasta el giro cada vez más humano de las diversas formas poéticas. ¿Se imagina el lector que en el futuro, cuando se quiera reconstruir la existencia de nuestros días, se acudirán al drama, que se ha mantenido siempre con la cándida ilusión de que era él quien mejor sabía reproducirla? No. Otros son ya estos testimonios auxiliares de la historia; hay fuentes más dignas de fe para formarse una idea de la vida en un período dado de la evolución de un pueblo, de una raza. ¿O es que se piensa que en los dramas de Ibsen hay más contenido vital que en las novelas de Bjornson, de Selma Lagerlof (por no citar sino a representantes de un mismo espíritu racial)? En Ibsen, lo mismo que en Shakespeare, buscamos hoy más que una concreción de la existencia nórdica, más que una revelación de sus caracteres espirituales, la concreción y revelación de la existencia y del espíritu humanos en una época dada, el fin del siglo XIX y la aurora sangrienta del actual. En el caso de un dramaturgo de tanto genio tenemos, pues, un desengaño que pudiéramos llamar mejorativo del contenido corrientemente aceptado a su arte: buscando tipos de una patria individual nos encontramos arquetipos, o ideales o que no reconocen más tierra natal que el mundo entero y que lo mismo gimen en Noruega por la libertad y la acción de un pueblo como sollozan en nuestra América por la previsión y el esfuerzo salvadores. Ahora, en el caso de este dramaturgo español, el desengaño sería peyorativo: habíamos creído encontrar en sus obras el carácter de España trasladado con la fotográfica verdad que pide el teatro del presente, y en cambio tenemos creaciones de una vida débil, enfermizas engendras en los que el soplo creador de las grandes almas no ha podido infundir, por su ausencia, más vigor, más presión de humanidad latente y fecunda. Benavente ha hecho la comedia de una ralea de los estratos sociales españoles que pertenece a un tipo humano inferior; esos burgueses benaventinos, con sus pequeñas pasiones, sus pequeñas intrigas, su pequeño y amilanado corazón, viven también al otro lado de los Pirineos y hay quinientos dramaturgos en Francia que los han hecho actuar en las escenas de incontables piezas dramáticas, sin que haya recibido aún ninguno de ellos el premio Nobel que a Benavente se da...

Por todo lo expresado es mucho más cuerdo considerar a España entera—representada por sus escritores—recibiendo moralmente la re-